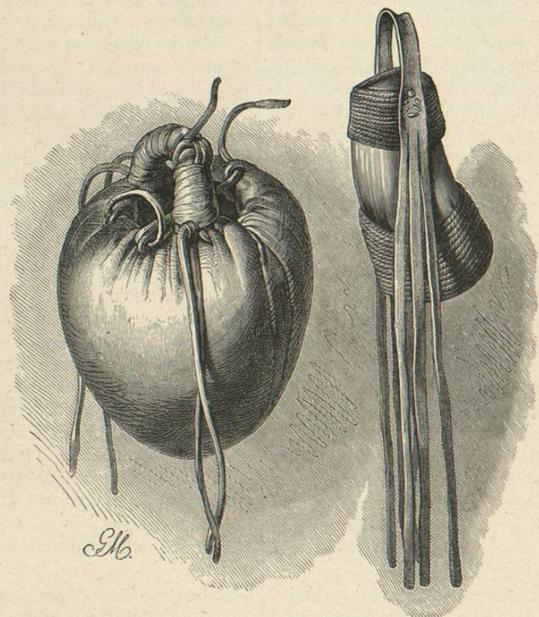


vegetan los bosquimanos, los ovambos; que al Este se tocan con los bosquimanos y recientemente con los hotentotes; y que éstos, con una insignificante mezcla de bosquimanos, son también sus vecinos meridionales: al Oeste, aparece una costa tan inhospitalaria que sus puertos no han sido visitados hasta hace muy pocos años por buques y comerciantes llevados allí por el afán del tráfico. Estos pueblos se encuentran, pues, rodeados por todas partes de territorios completamente desfavorables á la agricultura, y sus más inmediatos vecinos son nómadas que viven ó de la caza ó de la ganadería. Conociendo la indolencia de los damaras y sobre todo el modo cómo está organizado allí

el trato de los pueblos, se comprenderá cuán difícil había de ser en tales circunstancias reanudar los abandonados trabajos agrícolas, tan poco favorecidos por el suelo y por el clima del nuevo país.

Estas consideraciones no nos explican las causas posibles de esta extraña pérdida de la agricultura, pero dejan comprender cómo esas causas desconocidas han podido traer tan permanentes consecuencias. Quizás estas causas se explican mejor por el hecho de que una inmigración desde el Este ó desde el Norte al través de las estepas no es fácil la hiciera una gran masa de gentes y de que la débil organización política de los damaras indica que la pobla-



Un saco y un cuerno con grasa, de los hereros (Museo Etnográfico, Berlín) — $\frac{1}{4}$ de su verdadero tamaño

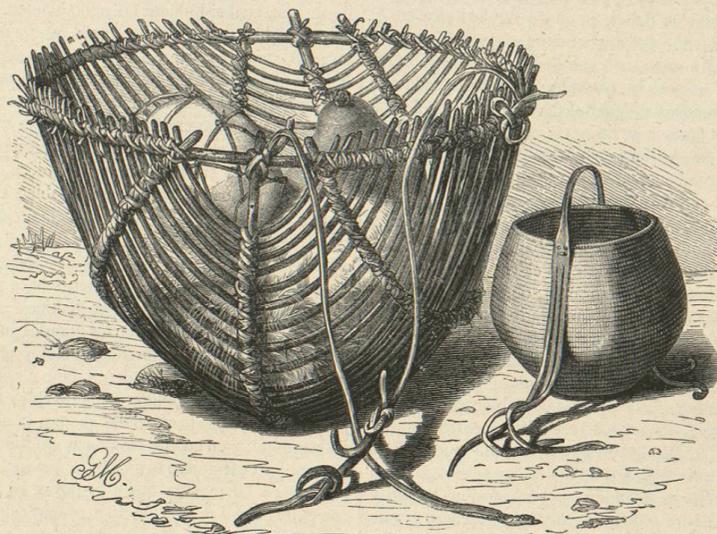
ción en su origen no pudo ser muy numerosa y hubo de crecer rápidamente después de haberse establecido en su nueva residencia. Con esta opinión, fundada en una emigración poco numerosa, se comprende mejor así el abandono como la pérdida posterior de la agricultura. Por lo que hace á esta pérdida, las privaciones que imponían, ya el camino al través de estepas pobres en agua, ya quizás también el hecho de andar errantes durante algunos años por estas mismas estepas, constituyen una explicación más satisfactoria que el abandono y el hambre. Y como al invadir un país nuevo habitado por cazadores y ganaderos sólo podían los inmigrantes establecerse de una manera sólida después de algunas luchas, de aquí la posibilidad no solamente de que se abandonara la agricultura por temor al enemigo, sino también de algo más, es decir de que se robaran los rebaños y las mujeres de los habitantes de estos territorios, realizándose una mezcla con éstos, gracias á asimilarse su sistema de vida y de alimentación. La falta de la agricultura fué causa de que este pueblo no conociera el tabaco hasta que se lo enseñaron los namaquías en sus incursiones hacia el Norte. Hace 20 años, el tomar rapé y el fumar, esto último tan extendido por todo el Sud de Africa y tan desarrollado especialmente entre los vecinos septentrionales de los hereros, eran completamente desconocidos de éstos; des-

conocimiento que demuestra claramente que los hereros, una vez establecidos en sus nuevas residencias, no estuvieron en bastante contacto íntimo con sus vecinos, grandes fumadores todos y algunos de ellos apasionados tomadores de rapé, para apropiarse este tesoro que, con la rapidez de todo lo que constituye un placer, abrióse paso hasta los pueblos más pobres y más remotos. Los hereros comenzaron á usar la azada de los namaquías desde que, por excitación de los misioneros, se dedicaron á la agricultura.

Puede afirmarse que en punto á ciertas manifestaciones de la vida intelectual y sensitiva los damaras están á un nivel relativamente más alto de lo que podría esperarse de la pobreza de su cultura material; por esta razón, vale la pena de que nos detengamos algo en este punto para evitar todo juicio desfavorable que precipitadamente pudiera formularse, atendiendo sólo á las apariencias. Esto que decimos puede aplicarse en primer lugar á los usos y costumbres que se refieren á los principales hechos de su vida de familia. La madre lleva á sus hijos metidos dentro de una piel ó de un cuero que se ata alrededor del cuello y de la cintura, los unta cuidadosamente y estira y endereza por la mañana y por la noche sus miembros para que no crezcan torcidos. Los niños se alimentan de leche (si puede ser, de oveja) mucho más que los adultos, y sus nombres se relacionan

con sucesos importantes acaecidos en la tribu, habiendo algunos que llevan varios cuando estos sucesos se han repetido distintas veces durante su juventud. Todos están sujetos á la circuncisión, para la cual, sin embargo, no hay época previamente determinada: por regla general, se practica entre los seis y los ocho años y se hace á la vez en varios niños que por este simple hecho son *oma-kura*, es decir amigos, compañeros de toda la vida. Este suceso es celebrado con una gran fiesta que consiste en devorar muchos bueyes y muchas ovejas. A los varones se les liman los dientes superiores en forma de cola de golondrina y se les arrancan los tres ó cuatro inferiores entre los 12 y los 16 años, y á las muchachas un poco antes: generalmente se procede primero á la operación de limar los de arriba y luego á la de arrancar los de abajo. Con ocasión de estas operaciones se celebran también banquetes. De esta ceremonia forma par-

te la ligadura de la tibia con correas de cuero, cuyos extremos caen hacia delante á manera de borlas. Las muchachas no se casan mucho más jóvenes que las europeas (Galton cree poder afirmar como resultado de sus observaciones, que no son sin embargo muchas en número, que la edad núbil se presenta antes) pero desde su infancia se las promete en matrimonio. Toda muchacha que es solicitada para esposa se pone el gorro de las tres orejas que tiene preparado para este caso y cubre, durante algún tiempo, su rostro con un pedazo de cuero sujeto al borde frontal del gorro que puede ser subido y bajado como un velo. La poligamia es general, pero la pobreza impide que entre los damaras se extienda mucho esta costumbre. Cuando un hombre tiene muchas mujeres, cada una de éstas se construye su cabaña especial. De las mujeres del caudillo hay una, especialmente escogida por éste, que se considera como mujer princi-



Un cesto con calabazas para agua y cestita tejida con hierba, de los hereros (Museo Etnográfico, Berlín) — $\frac{1}{4}$ de su verdadero tamaño

pal y cuyo primer hijo está destinado á ser el sucesor de la dignidad del padre. La condición de la mujer es tan baja como en la mayoría de los demás pueblos sud-africanos, y aun algunas veces toma el carácter de dura opresión parecida á la esclavitud, pues la miserable situación de muchos hereros hace que sobre las espaldas de la mujer pese una gran carga de difíciles deberes. La mujer herera demuestra á menudo mayor energía que el hombre: Chapman refiere que una anciana herera sujetó, ayudada por sus perros, á un leopardo que de noche se había introducido en su vivienda y lo derribó al suelo. «Esas mujeres hacen muchas veces cosas atrevidísimas, así en la guerra como en la caza, para animar, excitar ó avergonzar á los hombres,» añade este conocedor del pueblo damara. Josaphat Hahn cuenta que en uno de los primeros choques importantes entre hereros y namaquías (1825), los primeros debieron la victoria á las mujeres y muchachas que presenciaban el combate y que, en el momento decisivo, acudieron en auxilio de sus compañeros.

A cada fallecimiento que ocurre, toda la población de la aldea prorrumpen en espantosa gritería y las mujeres derraman sobre el cadáver tantas lágrimas como pueden; cuanto

más lloran mejor es la suerte que aguarda al difunto, pues las lágrimas son signos favorables. Cuando se comienza á entrever la proximidad de la muerte, los lamentos comienzan antes del fallecimiento y no son menos estrépitosos que si la defunción hubiese ya ocurrido. Chapman describe la muerte de uno de sus acompañantes damaras, como uno de los más desgarradores espectáculos. «Las mujeres — dice — lo sacaron de la tienda cuando iba á dar el postrer suspiro y lo llevaron á unos matorrales, postrándose todas á su alrededor, y mojado y frotando sus manos entre melancólicos y dolorosos alaridos. La esposa del muerto tenía la cabeza de éste apoyada en su seno. Muchas veces, estos ruidosos gemidos hacen que el moribundo vuelva en sí, pero en realidad la costumbre de lamentarse á gritos no parece tener relación alguna con el alma que va á desprenderse del cuerpo.» El cadáver es envuelto en pieles y enterrado, y su sepulcro se reconoce por las piedras que sobre él se arrojan para proteger aquel cuerpo contra la ferocidad de las hienas. Las tumbas de los caudillos están cercadas por una valla de maleza y se señalan con un árbol ó con una estaca, en donde se cuelgan las armas del difunto y los cráneos de los toros muertos para el banquete funerario. La costumbre que

tienen los damaras de rodear los sepulcros con cráneos de buey, parece ser una reminiscencia de la de cercar las tumbas con dientes de elefante, propia de los batokas y otras tribus del Zambezé. Andersson refiere que á los caudillos no se les entierra, si así lo disponen ellos, sino que se les coloca adosados á un montecillo hecho en el centro de su cabaña, construyendo los sobrevivientes una empalizada alrededor de esta choza mortuoria. Cuando están lejos de su patria, los damaras no entierran á sus muertos por miedo de que les sigan los espíritus de éstos, sino que los arrojan á las fieras. La aldea en que fallece algún caudillo se traslada por algún tiempo á otro lugar; pero transcurridos algunos años la población vuelve á su antigua residencia y el caudillo se dirige á la tumba de su antecesor, ante la cual se arrodilla y refiere en voz baja que ha regresado con los suyos y con los rebaños que él ha dejado, terminando su visita con la súplica de que le conceda larga vida y multiplique sus ganados. Cumplido este deber, se construye la aldea en el mismo emplazamiento que antes tuvo y en lo posible cada familia recobra el mismo sitio que antes ocupaba su cabaña. Es digna de notarse la costumbre de repetir cada año los lamentos funerarios al llegar el día en que ocurrió el fallecimiento, y es tanto más de notar cuanto que no todas las tribus cafres comparten esta costumbre con los damaras. El sentimiento que con esto se revela no es una mera fórmula. Cuando el padre de familia evejece y pierde sus fuerzas, cuando sus sentidos se entorpecen, es natural que el dominio y la administración de los rebaños pasen á manos del vigoroso hijo, á pesar de lo cual el viejo sigue siendo considerado como el verdadero señor; de suerte que mientras sus facultades no se hayan embotado por completo, se le han de llevar las vasijas de leche y los pedazos de carne para que con su palabra los consagre. Cuantos más esperan heredarle, tanto mayor es la veneración que inspira á todo el pueblo. Este amor de familia está también demostrado por la circunstancia de que los hereros sólo entienden por bendición la que les da el padre en su lecho de muerte. Esta veneración hacia los ancianos de la tribu no se extingue con la muerte: la tumba es sagrada y si el anciano no ha solicitado por medio de un oráculo oír desde el sepulcro el mugido de los bueyes, los niños no pueden discurrir por las cercanías del mismo para no turbar el reposo del abuelo. El heredero no se acerca á la tumba sino lleno de temor y llevando en sus manos el sacrificio, y sólo para conocer el porvenir ó para pedir el auxilio del padre en los casos de gran miseria en el país.

Mientras los hereros fueron un pueblo fraccionado, sus relaciones políticas no ofrecieron ningún aspecto favorable, pues su desgracia política debió necesariamente ejercer funesta influencia en este punto de su existencia. Que en cuanto alcanza el humano pensamiento no formaron los hereros ninguna comunidad política vigorosa, lo demuestra suficientemente su historia y además se desprende en parte de la naturaleza del país favorable á la existencia de muchas agrupaciones pequeñas, pero no á la de una grande agrupación. Compréndese, pues, que la autoridad de sus caudillos hubo de ser insignificante, dada esta disgregación general de todas las relaciones, consecuencia lógica de tantas guerras asoladoras y siempre desgraciadas. Andersson dice que el caudillo sólo ejerce una soberanía nominal sobre su tribu y que cuando trata de castigar á alguien por algún delito que haya cometido, el culpable evita el castigo con sólo ponerse bajo el amparo de otro caudillo. Únicamente en las cosas de poca monta se le obedece por costumbre y superstición. Además de la dirección política, ocupa una posición

en cierto modo sacerdotal, pues, por ejemplo, bendice los bueyes y hace que una de sus hijas los rocíe diariamente con agua, cuando salen del kral, con lo cual los pone á cubierto de todo hechizo, Galton encontró en el caudillo Kahikeni un soberano indígena cuya inteligencia y cuyos actos estaban muy por encima de los demás damaras. Kahikeni demostraba gozar de gran influencia y tener al propio tiempo perfecta conciencia de su responsabilidad: habiendo algunos individuos de su tribu robado varios bueyes de Galton y habiendo éste denunciado el hecho, no sólo recuperó sus reses, excepto una que había sido sacrificada, sino que cuatro de los seis ladrones fueron cogidos y muertos á golpes de maza, á pesar de haber aquél intercedido por ellos. El robo de reses es también castigado con la pena de horca. El herero, por pobre que sea, conserva un vivo recuerdo de su patria mientras está lejos de ella, y si se encuentra con algún compatriota, prorrumpen en lamentos, al recuerdo de su país, cual si hubiera fallecido alguien. Estas son, empero, insignificancias que afectan al sentimiento; lo esencial en todo cuanto se refiere á la política es el predominio del interés. Cada uno tiene libertad completa para hacer lo que se le antoje; y si bien los débiles se acercan al fuerte y le sirven, porque sólo en él encuentran una defensa, éste no puede tratarlos con demasiado rigor, porque de lo contrario le abandonarían sus súbditos, quedándose completamente solo. Los mismos esclavos tienen también en esta libertad absoluta de abandonar á sus dueños la mejor garantía contra los malos tratamientos. Dentro de este sistema no hay administración de justicia ni espíritu público, de suerte que ese pueblo de pastores estaría, desde hace mucho tiempo, sojuzgado por extranjeros, si no habitara en tan retirado desierto. Admiración merecen los grandes príncipes que con mucha astucia saben mantener sujetos y obedientes á sus súbditos sin causar directamente daño á nadie: las más de las veces, consiguen obligar á los rebeldes á refugiarse en países extranjeros, haciéndoles penosa la existencia cerca de la capital; y en cuanto los demás caudillos observan que este súbdito extranjero se encuentra sin apoyo, lo maltratan y roban de tal manera que á la postre ha de contentarse con entregarse á discreción á su propio caudillo. Entonces este le dice: «¿por qué te marchaste? ¿por qué no permaneciste á mi lado?» En cambio, protegen gustosos á sus siervos y vasallos fieles, cuando han atentado contra los bienes ajenos.

Lo que en gran parte contribuye á eternizar la impotencia política de este pueblo y lo que, dicho sea de paso, da por el contrario tanto esplendor á las organizaciones rigurosamente monárquicas de los cafres del Este y especialmente de los zulús, es lo muy marcado que en ellas aparece el principio fundamental del nomadismo que consiste en no reconocer límite alguno fijo en el territorio que alguna vez les perteneció. La historia moderna de los hereros nos ofrece de ello un notable ejemplo. Casi por espacio de nueve años los hereros, á quienes los namaquás habían anteriormente sojuzgado, combatieron por su libertad rechazando los ataques de sus antiguos señores, hasta el punto de que el jefe de las tribus namaquás aliadas, Jan Africano, se vió obligado á implorar el auxilio de los misioneros para conseguir una paz razonable. Fácil era comprender que esta paz no quedaría asegurada hasta que las dos partes hubiesen llegado á una inteligencia respecto de las fronteras de sus respectivos territorios, y en este sentido trataron de influir los misioneros en el ánimo de los dos caudillos; sus esfuerzos, sin embargo, fueron vanos, pues los dos partidos declararon que querían ser amigos, pero que querían poseer en común el territorio que había sido teatro de tantas lu-

chas. El jefe herero, Kamaherero, manifestó que Jan Africano podría, después de firmada la paz, habitar en el punto del país que quisiera, pero que á su vez había de permitir que en su residencia viviese cierto contingente de su pueblo. Aun cuando recientemente ha estallado de nuevo la guerra, lo cierto es que por espacio de diez años ambas tribus vivieron juntas y relativamente en paz. Con el tiempo, hace este sistema completamente imposibles una dirección política vigorosa y una unión firme del pueblo en el ataque y en la defensa, aun cuando se pudiera llegar por cualquier medio á ellas, y si los misioneros no logran mejorar en este punto á los hereros, la suerte de este pueblo, á pesar de cualquiera elevación momentánea, será siempre ser vencido.

Desde el momento en que la organización política adolece de tantas imperfecciones, es natural que el desenvolvimiento de los lazos sociales sea sumamente variado y corresponda perfectamente á la situación. El comunismo de los bienes muebles, ajustado á la naturaleza, llega á ser un sistema, pues algunas gentes forman entre sí una alianza especial en virtud de la cual todo es común entre ellas. Los compañeros de infancia (*oma-kura*, es decir los que han crecido juntos), difícilmente, al entrar en años, se negarán cosa alguna los unos á los otros, antes bien parece que consideraran todas sus pertenencias como bienes comunes. Más íntima es aún la comunidad de los *oma-panga*, de los aliados, entre los cuales son comunes, en cierto modo, hasta las mujeres. «No he podido averiguar — dice Büttner — si estas alianzas se consolidan por medio de ciertas ceremonias: en lo posible, todos los que se encuentran en un mismo escalón social se consideran por naturaleza *oma-panga*.» Por último, en tercer lugar hay en el pueblo herero una especie de nobleza, que se manifiesta por una separación de familias ó de castas que no corre parejas con las tribus. El pueblo se divide en seis ó siete grupos de familias que, á lo que parece, son de origen distinto, abarcan hombres de distintas tribus y se diferencian por ciertos usos especiales. El autor que más crédito nos merece en punto á la división social de los hereros, el misionero Büttner, los describe de la siguiente manera: «Hay dos clases de nobleza, una que es hereditaria de padres á hijos y otra de madres á hijas, por más que los niños se alaben naturalmente de la nobleza así del padre como de la madre: la primera se llama *oru-so*, origen, la segunda *e-anda* (la etimología de esta palabra es desconocida). El distintivo externo de cada familia consiste en que los individuos de la misma observan ciertas ceremonias tradicionales, y escogen las reses de un color especial, utilizándolas para su uso personal y para los sacrificios: es de notar que nadie tiene ni come reses de cierto color. Algunos ejemplos explicarán esto: para la familia *Oru esembi* el camaleón, *esembi*, es sagrado, es decir no lo tocan y le dicen: *tate mukururume*, nuestro anciano abuelo; á esta familia le gustan las reses oscuras y en cierto modo jaspeadas. *Ova-kuenyrua*, los sobrinos del sol, no comen carne de ninguna res gris-azulada y tienen especial predilección por las reses sin cuernos y las usan para los sacrificios. *Oru-oma-koti*, los haraposos, tienen preferencia por los bueyes amarillos ó leonados y cuando matan alguno, tiran el estómago. *Oru-horongó* (del *kuddu*, *ohorongó*) no conservan los bueyes ó las ovejas que no tienen cuernos ó que los tienen estropeados y tampoco comen los que no tienen orejas, destinándolos á ser sacrificados y hechizándolos con el *kuddu*. A esta familia pertenece Kamaherero; por esto la tumba de su padre, Katyamuaha, situada en Okahandya, está rodeada de cuerno de *kuddu*.» A falta de otros fundamentos, puede admitirse que esta notable nobleza guarda

cierta relación con la posesión de rebaños, tanto más cuanto que, según hemos visto por la anterior descripción, los bueyes desempeñan en los grupos de familias de los oruzos y de los eandas un papel superior al de los animales de los blasones. Cuando se ve la abigarrada reunión de los rebaños de un propietario y el cuidado con que se separan los elementos de los mismos, se comprende, por lo menos, la utilidad que á ello puede reportar la separación de familias, pues sin ésta la propiedad de tan distintos rebaños sería un caos complicado que daría lugar á muchas confusiones.

Los hereros, como todos los negros, son un pueblo comunicativo y alegre, y esta alegría trasciende hasta sus nombres. Como hemos dicho, les gustan la música, el baile y el canto: sus charlatanerías acompañadas de algazara y de risotadas son interminables. También son muy aficionados á contar historias por más que su caudal de éstas no llegue á ser lo que es el de los bosquimanos y hotentotes. Lo que más les gusta son las narraciones inventadas que en las plácidas veladas improvisa un narrador. La forma y el fondo de estas narraciones son en extremo características: así por ejemplo, cuando alguno quiere contar cómo las armas de fuego ó el aguardiente llegaron á Africa procedentes de Europa, se da el trabajo, para llegar á este objeto, de tomar la cosa desde muy lejos y de entretenerse en infinidad de accidentes y de preparativos antes de entrar en el asunto principal. Esta manera especial de contar las cosas aparece más marcado en las fábulas y en los cuentos de los cuales algunos son contados con tanta lentitud que el narrador invierte en ellos una ó dos horas, con la particularidad de que cuando se llega al final el curso de la relación se ha desviado por completo, pues el recitador ha apelado, para terminar, á su fantasía, olvidándose las más de las veces del modo cómo ha comenzado su relato y el punto á donde quería ir á hacerlo parar. Con su narración ha querido, quizás, demostrar simplemente por qué el chacal aulla á su manera y cómo lo hace. Hé aquí un ejemplo de una narración herera que nos transmite Josaphat Hahn: Un caudillo amaba á la joven y bella esposa de otro caudillo, y por tal motivo asesinó á éste, robó á la hermosa contra su voluntad y la condujo á su onganda. Cierta día, en que el caudillo y sus gentes habían ido á la caza, la robada, aprovechando esta ocasión, se escapó. Por casualidad, aquel día el caudillo regresó más temprano de lo que acostumbraba y descubriendo la fuga de aquella, persiguió sin dilación y lleno de cólera á la fugitiva con todos sus guerreros. La joven no se ha alejado mucho cuando oye á lo lejos detrás de sí las voces de sus perseguidores y nota que cada vez se van acercando más. De repente, aquella angustiada mujer, puesta en tan supremo trance, descubre una acacia jirafa corpulenta de altas y espesas ramas. El terror que de ella se ha apoderado le da fuerzas para escalar el árbol entre cuyo follaje se esconde, y apenas conseguido esto, llegan á aquel sitio sus perseguidores, los cuales se admiran y desconciertan al ver que en este árbol colosal desaparecen las huellas de la fugitiva. Nadie piensa en que haya podido subirse á él, pues tarea sería ésta imposible hasta para el hombre más ágil. En medio de todas estas pesquisas, investigaciones y consideraciones, llega el mediodía y el estómago reivindica sus derechos: entonces, cansados de buscar en vano, siéntanse todos á la sombra del árbol, descansan y hablan de lo que debe hacerse. De repente, oye un ligero ruido entre el follaje causado por un movimiento de la confiada mujer que hace levantar á todos la vista involuntariamente, y la infeliz es descubierta. Todos dan un salto y prorrumpen en gritos de alegría y de sorpresa que hacen temblar á aquella desdichada: incítanla á